

*Los comienzos del realismo
en la literatura alemana y primera gran
figura, Heinrich von Kleist (1)*

Tanto la poesía clásica como la romántica se colocan a cierta distancia de la realidad; aquélla vive entre ideales, ésta entre fantasías. Pero el siglo XIX anhela otra expresión artística de su ser, como que en su entrada se alza la figura del conquistador corso que despertó a Alemania del lirismo y del ensueño a la realidad. Valores reales, no ideales o imaginarios, necesita la nueva Alemania, así como ya en Goethe su Faust y su Wilhelm Meister evolucionan de la contemplación a la acción. La ciencia toma ese camino; el lugar de la filosofía natural romántica lo ocupan las ciencias naturales exactas, y las matemáticas, la física y la química echan los cimientos de un auge nunca sospechado de la técnica, de la industria y de las comunicaciones. También el sentido político-histórico brota de la simiente de las guerras de la independencia alemana. Sobre los trabajos preparatorios del romanticismo con sus diversas recopilaciones de los viejos tesoros populares se levanta la investigación científica de la historia que trata de asegurar la conservación de las fuentes en los "Monumenta Germaniae historica" y pretende mostrar en los trabajos de Leopold von Ranke, sin ningún adorno idealista y fantástico, "cómo los hechos sucedieron realmente". Cierto que en la vida política las fuerzas apenas reavivadas se

(1) Ofrecemos a nuestros lectores un capítulo del "Compendio de la poesía alemana" por Hans Röhl. Dicha obra será editada próximamente por el Instituto de Estudios Germánicos de nuestra Facultad, traducida al castellano por el Dr. Juan Probst.

mantienen todavía durante decenios, por la recelosa solicitud de Metternich, dentro de los límites de su "estrecha inteligencia de súbdito". No es de extrañar que también en el arte despierte el realismo. Un grupo de escritores y poetas jóvenes se reúnen bajo el nombre de la "Jóven Alemania" —la Alemania romántica era la vieja— y exigen que la literatura extraiga sus argumentos del presente, no de la antigüedad o del medioevo, que sea actual y que exponga sus motivos no en forma idealizada o vaga, sino ciñéndose fielmente a la realidad — en forma *realista*. Aunque los componentes más talentosos de ese grupo, Heinrich Laube y Karl Gutzkow eran, como poetas, demasiado insignificantes para poder interpretar ellos mismos sus postulados por medio del arte, el realismo que exigían —aunque menos en punto a la materia que a la forma— llegó a ser el rasgo típico de la literatura del siglo XIX. Es verdad que la "Joven Alemania" ya no decía nada nuevo con su exigencia. Pues mucho antes de que ésta se formulara —hacia el año 30—, el poeta había precedido a los críticos: en pleno clasicismo y romanticismo Heinrich von Kleist había luchado por una nueva expresión de sus emociones artísticas.

Heinrich von Kleist, nacido en 1777, ingresó en el ejército, de acuerdo a la tradición familiar; pero, a los veintidós años, cambió de carrera y se matriculó en la Universidad de Francfort del Oder, su ciudad natal, para perfeccionar, de modo general, su personalidad intelectual. La necesidad de conseguir una posición estable —motivada por una promesa de matrimonio que luego no se cumplió— y los conflictos íntimos provocados por ello lo llevan, de allí, a sus viajes novelescos hasta Suiza y a París. Pero su resultado es completamente inesperado: Kleist, que madura con una lentitud extraordinaria, adquiere la conciencia de su vocación poética. Esto es causa de su perdición, pues su genio no puede contentarse con las tradicionales formas clásicas y románticas de la poesía, sino que aspira a un estilo por venir que es justamente el realista. Pero todas las tentativas en ese sentido parecen fracasar para su ambición

desmedida, y la lucha con su genio lo trae al borde de la demencia, hasta que por fin quema, en un instante de total desesperación en su fuerza poética, su drama "Robert Guiskard" y renuncia a una meta inalcanzable para sus facultades. El primer acto de la obra, que más tarde vuelve a reconstruir, con su fusión de la dramática de Shakespeare y de los antiguos, hace sentir penosamente la pérdida de la obra entera.

Esa lucha con su genio encontró expresión artística en el drama "Penthesilea". En la reina de las Amazonas, que con sus huestes toma parte en la Guerra de Troya para conseguir de las filas griegas varones para su estado; que sólo considera digno de ella el combate con el más esforzado de los héroes, Aquiles; que lo pierde, después de haber estado a punto de conquistarlo, y que, creyéndose burlada por él, lo mata y hasta lo despedaza, en esa figura trágica reconoce Kleist su propia alma; ella como Penthesilea está llena del más delicado pudor y, a la vez, de la pasión más desmedida, "mitad Furia, mitad Gracia". Y ya se anuncia la nueva época por este testimonio del alma, el más conmovedor de cuantos hubo; pues en ese drama griego no hay ni huella del humanitarismo clásico o de la serenidad antigua.

Habiendo renunciado a su afán de un nuevo estilo del porvenir, se arroja Kleist con su "Kätchen von Heilbronn" por completo en brazos del romanticismo; los personajes, los lugares, los sucesos inverosímiles y milagrosos, todo ello es romántico. Por cierto que consigue imprimir también a esa obra, sobre todo por su disposición dramática rigurosa, su sello personal. Probablemente no se dió cuenta él mismo que lo que había pretendido en vano en la tragedia, ya lo había logrado en la comedia. Pues el "Zerbrochene Krug" (2) es, a pesar de su estructura analítica a la manera antigua, totalmente realista tanto en sus caracteres como en su argumento, en su profusión de detalles y hasta en la expresión, que sólo de mal grado se somete a las exigencias del verso blanco. Por regla general los persona-

(2) Cántaro roto.

jes nunca hablan en sus obras a la manera de Kleist, sino siempre como corresponde a su procedencia, y sólo dicen lo que conviene a su ambiente. Por eso los versos de Kleist no tienen nunca el significado universal de aforismos; por eso carecen también del énfasis didáctico de Schiller. Nunca tampoco ambiciona Kleist la belleza en la expresión; sus períodos son, a menudo, desproporcionados y llenos de anomalías gramaticales; siempre persigue la realidad, que coloca por encima de la belleza; siempre trata de ser gráfico, y por eso su lenguaje rebosa de metáforas. Ese realismo en la exposición aparece también en sus cuentos. Sobre todo en "Michael Kohlhaas" Kleist es de una objetividad asombrosa; refiere nada más que los hechos, sin comentario alguno, y sin embargo, no es nunca indiferente; pues aunque reprime sus sentimientos, se intuye no obstante su presencia vivificadora.

Exteriormente la vida de Kleist sigue su curso aventurero y desafortunado. Un empleo público en Königsberg no lo satisface; como escritor se muere casi de hambre en Dresde. Entonces despierta en él el sentimiento patriótico, provocado por las circunstancias de la época. Se pone como poeta al servicio de la patria, redacta poemas llenos de odio contra Napoleón y recuerda, en 1808, a los alemanes en la "Hermannschlacht" (*), como enérgica advertencia, la lucha por la libertad de sus antepasados. En ese drama, esbozado apasionadamente y elaborado con evidente premura, el poeta presente a Hermann como el político realista que debe librar al país de la rapacidad de los enemigos. Pero nadie se atrevió por entonces a imprimir ese drama y menos aún a ponerlo en escena, y el libertador vaticinado no llegó. No obstante, Kleist descubrió, cuando se hubo trasladado a Berlín en 1810 como escritor, que allí se había trabajado en silencio, con gran empeño y mucha confianza, por la liberación. Y no sólo canta la grandeza serena de la reina Luisa en un admirable soneto, sino que levanta su voz para ensalzar el espíritu de su patria en el "Prinz

(*) Batalla de Arminio.

von Homburg" (4). Ese espíritu de rígido cumplimiento del deber le parece encarnado en la persona del Gran Elector; en el baluarte del bien común se quiebra la voluntad egoísta del individuo, que termina por encontrar en él el apoyo moral necesario para ofrecer alegremente su vida en holocausto de la patria. En ese canto de cisne de Kleist su arte raya en la perfección, su lenguaje es noble, su ánimo alegre con la seguridad del triunfo y ya no sólo lleno de odio. Es verdad que tampoco esa obra tuvo repercusión; Prusia se movilizaba, como satélite de Francia, contra Rusia. Todas sus esperanzas parecían frustradas y Kleist, desavenido con su familia, no comprendido por su patria, sumido en la pobreza material y fracasado en sus afanes, pone, en noviembre de 1811, fin a su vida a orillas del Wannsee, no en un acceso de desesperación, sino "contento y sereno"; pues se había convencido, como escribió a su hermana Ulrike, de que "no había salvación para él en esta tierra".

(4) Príncipe de Homburg.